



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 3

CT 120 VIDA Y PENSAMIENTO DE LAS IGLESIAS EN AMÉRICA LATINA

González, Ondina y Justo González. “Los orígenes”. En *Historia del Cristianismo en América Latina*, 25-61. Buenos Aires: Kairós, 2012.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

1

LOS ORÍGENES

El viernes 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón escribió en su diario:

Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la cruz verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y, encima de cada letra su corona. ... El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito.²

Así comenzó un encuentro que produciría cambios permanentes en el mundo entero. Hoy nos parece muy extraño que Colón pensara que podía reclamar las tierras donde llegaba con solo hacer ondear unas banderas, hacer ciertas declaraciones y ofrecer oraciones. Pero tal actitud era reflejo de suposiciones bien arraigadas que existían en Europa acerca del orden del mundo, del lugar de Europa en ese mundo y de la responsabilidad de cristianizar a todas las personas con quienes los europeos se topaban. La llegada de Colón a estas tierras pondría en duda y a la postre destruiría buena parte de las

² Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, ed. Luis Arranz. Crónicas de América, no. 9, (*Historia* 16, Madrid, 1985), 90.

presuposiciones, así como de la visión del mundo, que habían reinado en Europa por siglos. El “descubrimiento” de un nuevo continente y sus habitantes sacudió la fe que Europa tenía en sí misma, que la hacía suponer que ya conocía el mundo entero y su ordenamiento. Aunque no cabe duda de que el encuentro con el Nuevo Mundo transformó a Europa, y particularmente a la Península Ibérica, no hubo quien sintiera ese impacto más drásticamente que los habitantes originales de las Américas. Por tanto, es hacia ellos que primero dirigiremos nuestra atención.

El punto principal que siempre debemos recordar cuando estudiamos los pueblos precolombinos de América es que no hubo en este continente una sola civilización. Había más bien una sorprendente multiplicidad de civilizaciones y culturas, y los antropólogos estiman que había más de 350 tribus diferentes. Esas culturas iban desde las tribus nómadas de las pampas sudamericanas y de los llanos de Norteamérica hasta las altas civilizaciones de los Andes (los incas) y del valle central de México (los aztecas). Es acerca de estos dos últimos grupos que más sabemos, precisamente por sus civilizaciones avanzadas y por la facilidad y rapidez con que los españoles les conquistaron.

El punto de semejanza entre esos dos grandes imperios que más interesa al estudiar la religión latinoamericana es que tanto los aztecas como los incas tenían lo que los estudiosos de las religiones llaman “grandes tradiciones religiosas”. En 1967, Robert Redfield acuñó la frase “gran tradición” para describir ciertas tradiciones religiosas de alta complejidad y estrecha relación con los estados. Según Redfield, son grandes tradiciones aquellas prácticas e ideologías religiosas que provienen de una élite dominante y de las clases sacerdotales dentro de una teocracia. Lo que es más, esos grupos usan esa ideología para dominar a millones de personas de diversos orígenes étnicos y lingüísticos quienes, a pesar de esa diversidad, quedan sometidas económica y políticamente a los centros urbanos donde residen las clases gobernantes.

Tal era el caso tanto en el centro de México como en las regiones andinas. Se trataba de dos civilizaciones altamente desarrolladas en las que la religión servía a las necesidades del estado, que a su vez era teocrático. (Es interesante notar que también en España existía en esa época una “gran tradición”.) A través de fuentes tales como

las tradiciones orales que los españoles transcribieron, el arte, la arquitectura y recuentos pictográficos y jeroglíficos (ya que ni los aztecas ni los incas practicaban la escritura) hoy tenemos acceso a la cosmovisión religiosa de los aztecas y de los incas antes de la llegada de Colón. También la evidencia arqueológica apoya mucho de lo que esas fuentes revelan.

En este capítulo discutiremos primero algunos de los habitantes originales de estas tierras, los *aztecas* y los *incas*. A esto seguirá otra sección sobre los *españoles* y una discusión del *encuentro* entre los indios y los europeos. Por último, trataremos sobre los *africanos* que fueron traídos al hemisferio occidental como esclavos.

Los aztecas

Cuando se toparon con los europeos por primera vez, los aztecas eran un pueblo llegado recientemente al centro de México, y no había consolidado su poder contra sus rivales en la región sino a principios del siglo XV. En realidad, los aztecas eran una alianza entre tres grupos principales en el valle central de México, el principal de los cuales era el de los mexicas. Los mexicas mismos habían llegado como mercenarios en el siglo XIII, dispuestos a pelear por cualquier ciudad-estado que les pagase. A fines del siglo XIV, los mexicas organizaron su propia ciudad-estado, distribuyendo tierras y recaudando tributos de otros. Ya para 1325 habían comenzado a construir en una isla en el lago Texcoco lo que llegó a ser su capital, Tenochtitlán. Así los mexicas iban desarrollándose políticamente y aumentando su poder. A la postre su habilidad bélica les constituyó en una fuerza política en sí misma. A principios del siglo XV, se aliaron con otras dos poderosas ciudades-estados para gobernar el valle de México. Sin embargo, no les bastó con ser parte de esta estructura tripartita. Pronto llegaron a gobernar a sus aliados y comenzaron a extenderse más allá de los límites del valle, poniendo bajo su control buena parte del centro de México. En 1502, cuando Moctezuma II ascendió al trono, el imperio azteca comprendía más de 200.000 kilómetros cuadrados, se extendía de este a oeste desde el Océano Pacífico hasta el Golfo de México, y hacia el sur hasta lo que es hoy Guatemala. Su ciudad capital tenía por lo menos un cuarto de millón de habitantes.

No cabe duda de que el transfondo eminentemente militarista de los aztecas influyó sobre su religión y su cosmología, puesto que en ambas encontramos un profundo sentido de lucha y de sacrificio. Con su mito de la creación que giraba en torno al tema central del sacrificio, la “gran tradición” azteca se centraba sobre el modo en que la humanidad se relaciona con los dioses. También había en ella una idea de tiempos sagrados constituidos por varias edades, cada una de las cuales terminaba de manera cataclísmica.

Tras la violenta destrucción de las primeras cuatro edades, los antiguos dioses se reunieron en Teotihuacán (“ciudad de los dioses”) para determinar el mejor modo de restaurar la luz y la vida en el mundo. Para calentarse construyeron un fuego divino en torno al cual se sentaban a discutir lo que habían de hacer. Pronto se vio que era necesario un sacrificio. Tras cuatro días de deliberaciones, uno de los dioses menores se lanzó sobre el fuego, y otro le siguió inmediatamente. Del fuego salieron entonces el águila y el jaguar – símbolos de los dos grupos principales de guerreros entre los aztecas. Paulatinamente, mientras los dioses miraban hacia el oriente, el sol comenzó a levantarse. Cuando apenas había sobrepasado el horizonte, se detuvo y comenzó a bambolearse. Se necesitaban entonces más sacrificios para asegurarse de que el sol y la luna continuaran en su movimiento a través del cielo. Puesto que para devolverle la vida a la tierra era necesaria la sangre de todos los dioses, todos ellos se ofrecieron en sacrificio. Pero, como eran dioses, no murieron. Uno de ellos, Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada y el Dios de la Sabiduría, aun después de haberse sacrificado en el fuego pudo restaurar la vida humana a la tierra recogiendo los huesos que habían quedado de las eras anteriores y que ahora yacían en el Lugar de los Muertos, y dándoles vida. Aunque habían quedado ahora restaurados, los dioses necesitaban volver a crear el mundo cada día para asegurarse de que el sol y la luna continuaran moviéndose por el espacio y que la humanidad prosperara.

Miguel León Portilla, uno de los principales estudiosos de la cultura y lengua nahuatl (el idioma de los aztecas), nos recuerda que los antiguos dioses tenían que hacer “penitencia” (es decir, sacrificio) a fin de alcanzar o merecer su meta, que era la restauración del mundo. Ese patrón de sacrificio y mérito era también parte de la relación entre la humanidad y los dioses, cuyos secretos solo

los sacerdotes conocían. Puesto que la creación del mundo era un proceso continuo, requería que los dioses hicieran penitencia continua. Además, los sacrificios continuos, así como las oraciones y cánticos, eran necesarios para mantener la relación adecuada con los dioses. Si los dioses sacrificaron su sangre por la recreación del mundo, también los humanos tenían que dar sangre a fin de imitar y repetir las acciones de los dioses. La sangre, “el líquido precioso con el que fluye la vida”, era el sostén que los dioses necesitaban. Como parte de los ritos sacrificiales, se extraían los corazones aún palpitantes de las víctimas del sacrificio (normalmente capturadas en la guerra), se untaba sangre humana sobre las imágenes de los dioses, y en las ceremonias de victoria se comían porciones de la carne de las víctimas sacrificadas.

Cuando los españoles llegaron a Tenochtitlán en 1519, el sacrificio humano había llegado a proporciones enormes. El principal dios de los aztecas, Huitzilopochtli, era una divinidad sanguinaria que había ido alcanzando su lugar predominante en el panteón según el poderío de los mexicas se iba ampliando. A él principalmente se le ofrecían en sacrificio millares de cautivos. Se dice que uno de los ancestros de Moctezuma II sacrificó más de 20.000 personas al dedicarle un nuevo templo a Huitzilopochtli. La necesidad de tal número de víctimas, a quienes se conocía como los “muertos divinos”, requería una guerra continua y creó un perpetuo estado de conflicto entre los aztecas y sus vecinos. Por ejemplo, Tlaxcala, una ciudad-estado independiente rodeada por el imperio azteca, siempre estuvo en guerra contra ellos aun cuando los aztecas podían haberla vencido fácilmente. Los aztecas necesitaban a los tlaxcaltecas como enemigos, para tomar de entre ellos las víctimas sacrificiales. No ha de sorprendernos, por tanto, que cuando los españoles llegaron los tlaxcaltecas se aliaron rápidamente a ellos para conquistar a los aztecas. El vínculo entre la guerra y la religión se fortalecía además mediante el rito que precedía a cualquier batalla. Los aztecas enviaban a sus enemigos símbolos bélicos tales como escudos, flechas y mantas y les anunciaban que iban a atacarles para obtener víctimas sacrificiales. Frecuentemente la respuesta a tal advertencia era enviarles a los aztecas tributo en forma de víctimas sacrificiales, para evitar así los desmanes del ejército azteca.

La práctica de tomar cautivas las deidades de otros pueblos y llevar sus imágenes a Tenochtitlán era tan importante como la búsqueda de víctimas sacrificiales. Esto se debía a dos razones principales: en primer lugar, era símbolo poderoso de que alguien había sido derrotado; y, en segundo lugar, mostraba la disposición de los aztecas a absorber los dioses conquistados dentro de su panteón, lo cual facilitaba la aceptación de nuevos súbditos, quienes ahora podían servir a sus dioses al mismo tiempo que a los de los aztecas. Pero tal acomodo tenía sus límites, puesto que Huitzilopochtli siempre reinó por encima de todos los dioses de los conquistados.

Hay que tener cautela al interpretar el lugar del sacrificio y de la muerte en la mente azteca. No solamente en tiempos modernos, sino también desde los primeros encuentros con los indios, los europeos han tratado de entender ese aspecto de la vida azteca. Algunos españoles en el siglo XVI explicaban los ritos sacrificiales entre los indios como un medio errado de darles a sus dioses lo que para ellos era de mayor precio: la vida misma. Quizá los españoles entendían algo del poder del sacrificio, que también tenía un lugar importante en su propia religión. Sin embargo, para los aztecas la muerte sacrificial era fundamental para sostener la vida, una vida que defendían valientemente, puesto que era don de los dioses y estaba preordenada por ellos.

A pesar de ese sentimiento de que la vida toda estaba preordenada por los dioses, los eruditos creen que desde la perspectiva azteca era siempre necesario ganarse la vida mediante una constante serie de actos de sacrificio y expiación, precisamente porque los dioses habían hecho lo mismo al devolverle la humanidad a la tierra. Lo que es más, solo mediante acciones tanto públicas como privadas podía uno merecer la vida que los dioses habían preordenado. La mejor manera en que un individuo podía mostrarse merecedor de la benevolencia de los dioses era mediante los ritos domésticos.

Todo eso se les inculcaba a las personas desde los inicios mismos de la vida. A los niños se les enseñaba la expiación, el sacrificio y el mérito desde sus primeros años. Las palabras que se pronunciaban al nacer un niño, tomadas del Códice Florentino, revelan mucho de esa enseñanza:

Y luego hablaba la partera a la criatura. Si era varón decíale: “Seáis muy bien llegado, hijo mío, muy amado”. Y, si era hembra, decía: “Señora mía, muy amada, seáis muy bien llegada; ... habéis venido a este mundo, donde vuestros parientes viven en trabajos y en fatigas ... no sabemos si viviréis mucho en este mundo, quizá no os merecemos tener, no sabemos si viviréis hasta que vengas a conocer a tus abuelos y a tus abuelas ... no sabemos qué son los dones o mercedes que te ha hecho nuestro padre y nuestra madre, el gran señor y la gran señora que están en los cielos ... no sabemos si nuestro señor te prosperará y engendrará, el cual está en todo lugar; no sabemos si tienes algunos merecimientos o si por ventura has nacido como mazorca de maíz anieblada, que no es de ningún provecho; o si por ventura traes alguna mala fortuna contigo que inclina a suciedades y a vicios; no sabemos si serás ladrona. ... Seáis muy bienvenida, hija mía, gozámonos con vuestra llegada, muy amada doncella, piedra preciosa, plumaje rico, cosa muy estimada, habéis llegado, descansad y reposad, porque aquí están vuestros abuelos y abuelas, que os estaban esperando; habéis llegado a sus manos y a su poder, no suspiréis ni lloréis, pues que sois venida y habéis llegado tan deseada; con todo eso tendréis trabajo y cansancios y fatigas, porque esto es ordenación de nuestro señor, y su determinación que las cosas necesarias para nuestro vivir las ganemos y adquiramos con trabajos y sudores, y con fatigas, y que comamos y bebamos con fatigas y trabajos ... hija mía muy amada, esperemos en nuestro señor.”³

Por todo esto, y porque pensaban que vivían hacia el fin de la quinta edad, los aztecas esperaban palabra de sus dioses cuando comenzó la conquista española.

Los incas

Política y administrativamente el imperio inca fue el más desarrollado de la América precolombina. (Aunque originalmente el

³ Fr. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. Angel María Garibay K. (Editorial Porrúa, SA, México, 1989), Libro VI, Capítulo XXX, pp. 383-384.

término “inca” se refería solo al emperador, a quien se conocía también como Sapa Inca, con el correr de los tiempos se fue aplicando cada vez más a todo el imperio, así como a su cultura y población.) Como en el caso de los aztecas, había dentro del imperio inca una multiplicidad de culturas e idiomas. Su expansión geográfica fue sorprendente. El Tawantinsuyu, o “los cuatro rincones de la tierra”, como los incas conocían a su imperio antes de ser conquistados, incluía una amplia porción de la América del Sur. Desde su capital en lo que hoy es Perú, el imperio se extendía hacia el norte a través del Ecuador y hasta partes de Colombia, hacia el oriente hasta el altiplano boliviano, y hacia el sur hasta dentro de Chile y Argentina. Tenía una extensa red de más de 25.000 kilómetros de caminos, un sistema de corredores para comunicaciones, un cuerpo militar estrictamente organizado y un sistema de impuestos y de distribución de bienes que incluía almacenes regionales manejados por el estado en los que se guardaban alimentos, armas y vestido. Todo esto le daba unidad al imperio. Los incas no tenían un lenguaje escrito que les pudiera ayudar a gobernar ese vasto imperio. En su lugar, usaban un recurso mnemotécnico conocido como “*quipus*”. Con sus sistemas de hilos de varios colores y de nudos en formas especiales, los incas podían llevar la cuenta de lo que cada individuo y cada comunidad habían contribuido al sistema de trabajo forzado, cuánto había producido la comunidad, y cuánto se había distribuido. Además, tampoco tenían los incas bestias de tiro. Tenían llamas, que ciertamente les daban alimento y también le servían como animales de carga. Pero mientras estos camélidos de pie firme generalmente podían llevar hasta casi 50 kilos, no podían tirar cargas. El músculo humano era la principal fuerza motriz que lo movía todo en el Tawantinsuyu. Además los incas tampoco poseían la rueda ni los metales duros.

La nueva expansión de los territorios incas comenzó a mediados del siglo XV bajo la dirección de Pachacuti. En su gran batalla contra los antiguos enemigos de los incas, los chancas, en 1538, Pachacuti y sus seguidores se posesionaron del ídolo sagrado de los chancas, que marchaba siempre delante de ellos. Las fuerzas chancas quedaron destruidas completamente, y lo que pudo haber sido una batalla reñida se volvió una derrota aplastante. Los dioses incas habían derrotado a los dioses chancas. Este patrón en el que los dioses de los incas mostraban su superioridad sobre los demás

se repitió por, casi cien años, hasta la llegada de los españoles. Para los incas, sus dioses eran prácticamente invencibles.

Lo que sabemos acerca de la religión precolombina en los Andes nos llega principalmente a través de tradiciones orales escuchadas por el Padre Bernabé Cobo, un jesuita que vino con los españoles, estudió el quechua (la lengua de los incas) y en 1633, en su *Historia del Nuevo Mundo*, publicó mucho de lo que había escuchado. Debido a la enorme diversidad de las religiones locales dentro del imperio inca, Cobo escribió sobre la religión oficial o su “gran tradición”. Pero sus descripciones no parecen diferir mucho de lo que sería la experiencia de los individuos comunes dentro de ese imperio, puesto que hay indicios de que hacia fines del siglo XV las religiones locales habían sido alteradas fuertemente gracias a la imposición de la religión del estado inca.

El panteón inca incluía al dios creador, Viracocha. Como la Biblia cristiana, la mitología inca incluye dos historias de la creación. Pero a diferencia de la Biblia, las historias de los incas se refieren a dos creaciones diferentes. El primer intento que hizo Viracocha de crear a la humanidad fracasó, principalmente porque los humanos pecaron contra él, y él los destruyó. El segundo intento tuvo mejores resultados. Tras esculpir piedras con su propia imagen, Viracocha las usó como modelo para crear a hombres y mujeres. Les envió entonces de las cuevas y manantiales, de entre los árboles y los ríos, a los cuatro rincones del mundo, enseñándole a cada grupo culturas e idiomas diferentes. Entonces, a fin de probar a la humanidad, se paseó por su creación disfrazado de anciano harapiento. En un festival fue apedreado. Solamente una anciana le mostró benevolencia al darle de beber. Ella y su familia fueron las únicas personas a quienes Viracocha preservó al destruir todo el pueblo con granizo amarillo y rojo. Entonces partió caminando a través de las aguas del Pacífico, dejando a la humanidad a sus propios recursos, y prometiendo que volvería en tiempos de crisis.

Para el estado inca, sin embargo, los Dioses del Cielo tenían mayor importancia que Viracocha. Estos dioses incluían a Iliapa, dios del trueno, quien traía la lluvia; a Quilla, diosa de la luna, y a Inti, dios del sol. Era de Inti de quien el Sapa Inca derivaba su naturaleza semidivina. Eso explica, al menos en parte, la gran devoción del Sapa Inca hacia Inti. De hecho, Pachacuti construyó la

capital del imperio inca, en Cuzco, como centro religioso alrededor del gran templo de Inti. Según Cobo, el templo de Cuzco tenía una efigie de Inti de oro sólido incrustado con joyas. (Eran precisamente tales señales de riquezas las que impulsaban a los españoles a sus increíbles acciones de avaricia y crueldad.)

Aunque Viracocha y los Dioses del Cielo estaban distantes, la religión de los incas también se ocupaba de la tierra, y por tanto los Dioses de la Tierra también tenían importancia. Mucho más que de los grandes dioses del estado, el pueblo se sentía cerca de sus antepasados divinizados. Entre ellos estaban los restos momificados de líderes locales destacados, así como los Sapas Incas difuntos, cuyos cuerpos se sacaban a la luz pública en los grandes festivales. El culto a los ancestros existía desde mucho antes de la supremacía inca, pero cuando Pachacuti subió al poder le dio a ese culto un nivel estatal. Bajo ese sistema, el nuevo Sapa Inca no heredaba la riqueza del difunto soberano anterior, sino que tenía que producir su propia riqueza, mayormente mediante nuevas conquistas. Las riquezas del emperador difunto se usaban para sostener el recién creado culto a su persona, en el que los restos momificados del emperador servían de vínculo con los dioses andinos tales como Inti.

Entre los Dioses de la Tierra estaban las *huacas*, que existían en todo el Tawantinsuyu. Tal nombre se le daba a todo aquello que los incas consideraban sagrado. Bien podía ser un lugar particular, un árbol extrañamente deformado, una gran piedra, o quizá el supuesto lugar de origen de algún clan. Estos dioses le servían de vínculo al pueblo andino con su pasado ancestral, con la naturaleza, y hasta con la misma tierra que les daba la vida. Y puesto que podían encontrarse dondequiera, más tarde estas huacas vinieron a ser el gran enemigo del sacerdote español que se preocupaba por las prácticas idólatras entre el pueblo recién convertido al Cristianismo.

Todos estos dioses y ancestros requerían culto y alabanza, lo cual en ocasiones resultaba en un rito público, en varias ofrendas diferentes, y a veces hasta en sacrificios humanos. No todas las fuentes concuerdan en que existieran sacrificios humanos entre los incas, pero Cobo comenta que tales sacrificios eran insólitos, y se reservaban para ocasiones muy especiales. En tales casos las víctimas eran mayormente niños y adolescentes, pues se consideraba que tales personas eran los dones más dignos para ser ofrecidos a

los dioses. En todo caso, en contraste con los dioses aztecas, que requerían sangre humana para mantener el funcionamiento del mundo, los dioses incas veían el sacrificio y las ofrendas como actos de gratitud. Tales ofrendas también podían ser el fruto de la cosecha, metales preciosos, bellas plumas o comidas preparadas especialmente para los dioses.

Mientras las ofrendas a las huacas podían tener lugar hasta en círculos domésticos, los grandes ritos y festivales requerían la participación de los sacerdotes. La clase sacerdotal era un brazo del estado inca, de igual modo que lo eran los militares. Como en el caso de los aztecas, cuando los incas conquistaban a otros pueblos los dioses de los conquistados se añadían al panteón inca. Esos pueblos conquistados podían continuar adorando a sus antiguos dioses, pero los sacerdotes de Inti colocaban el culto a Inti como una sábana por encima de todas esas otras prácticas religiosas. Es interesante notar que al nivel de las provincias las sacerdotisas tenían un papel más notable, puesto que participaban de muchas de las funciones y responsabilidades de sus contrapartes masculinos. Fray José de Arriaga, un sacerdote español que escribió a mediados del siglo XVII, nos ha dejado una descripción e interpretación de tales responsabilidades:

Huacavillac, que quiere decir el que habla con la huaca, es el mayor, y tiene cuidado de guardar la huaca y hablar con ella y responder al pueblo lo que él finge que le dice, aunque algunas veces les habla el demonio por la piedra. Y llevar las ofrendas, y hacer los sacrificios, y echar los ayunos, y mandar hacer la chicha para fiesta de las huacas, y enseñar su idolatría, y contar sus fábulas, y reprender a los descuidados en el culto y veneración de sus huacas.⁴

Las mujeres también tenían papeles religiosos importantes en los principales centros urbanos o dondequiera que hubiera un templo al sol. Tales mujeres se internaban en conventos donde se dedicaban a los principales dioses incas. Como forma de tributo, se enviaba de las provincias a niñas de diez a doce años de edad para

⁴ Pablo Joseph de Arriaga, *La extirpación de la idolatría en el Pirú (1621)*, estudio preliminar y notas de Henrique Urbano (CBC, Cuzco, 1999), p. 41.

que vivieran en tales casas religiosas consagrándose a sí mismas y su virginidad al dios correspondiente. También se llevaba a Cuzco a los niños de la nobleza provincial para que allí aprendieran las costumbres incas—lo cual incluía el culto a Inti y a los otros dioses principales de los incas— para luego regresar a sus hogares e instruir a sus comunidades. Esta conquista cultural de una tribu iba unida a la presencia militar, que se hacía posible gracias a los almacenes del estado que les proveían alimento, vestido y armas a los soldados. Además, una vez que una zona era conquistada, el nuevo inca mudaba a la población, llevando al lugar a personas cuya lengua nativa era el quechua, la principal lengua de los incas. Al mismo tiempo, tomaba personas de las tierras conquistadas y las llevaba a territorios que por largo tiempo habían formado parte del Tawantinsuyu, y donde la cultura incaica ya imperaba.

La religión andina también tenía una dimensión económica que ayudaba a los incas a mantener su dominio sobre el imperio. La tierra se dividía en tres partes, y aunque los registros no nos dicen claramente qué porción se dedicaba a cada una de esas tres partes, su propósito sí es seguro: la primera de ellas se dedicaba al culto, de modo que lo que esa porción de la tierra producía se les dedicaba a los dioses como ofrenda o se empleaba para sostener a quienes se dedicaban a la dirección del culto como profesionales. La segunda porción le pertenecía al Sapa Inca, quien la utilizaba para sostener el culto de las momias reales y también para los gastos militares. Y la última porción le pertenecía a la comunidad local, donde por largo tiempo habían existido patrones de cultivo común y de reciprocidad y obligación entre todos los habitantes.

El mundo incaico tenía una estructura piramidal en la que el Sapa Inca servía como principal punto de contacto con el mundo de los dioses. Bajo él estaban los sacerdotes, cuya principal responsabilidad era asegurarse de que los ritos se llevaran a cabo correctamente y que el pueblo conociera la voluntad de los dioses. La base de la pirámide era la gran multitud que creía que todo cuanto tenía, desde sus hijos hasta las cosechas, era propiedad de los dioses. Fue precisamente esa estructura piramidal la que a la postre resultó ser el gran punto débil en los esfuerzos por parte de los incas por resistir a la conquista y dominio españoles.

Los españoles

En los albores del encuentro había en Europa una variedad de religiones y de modos de expresar la fe –aun antes de la Reforma protestante. En España, Isabel y Fernando creían que la presencia del judaísmo y del islam no solo era un desafío a su poder, sino que también hacía peligrar las almas de sus súbditos. Los monarcas se dedicaron entonces a resolver ese problema. Aunque la diversidad religiosa no comenzó ni terminó con la llegada de Fernando e Isabel a los tronos de Aragón y Castilla respectivamente, los Reyes Católicos (título que les dio el papa Alejandro VI) se veían a sí mismos como defensores de una España católica. Al controlar y hasta suprimir la fe de los judíos y de los musulmanes, pensaban alcanzar un orden espiritual que les ayudaría entonces a dirigir la atención hacia otros asuntos.

Es difícil determinar los orígenes de la presencia judía en la Península Ibérica. Las evidencias más antiguas de tal presencia son lápidas funerarias del siglo III. A principios de la era visigoda (de 409 a 711), los judíos estaban integrados a la sociedad ibérica, pero durante ese período tuvieron que enfrentarse a uno de sus muchos desafíos en la Península. Los gobernantes visigodos eran arrianos, cristianos a quienes los católicos consideraban herejes. Hacia fines del siglo VI se les fue haciendo más difícil a los visigodos estar en desacuerdo religioso con el resto de Europa, y en 589 el rey visigodo Recaredo se convirtió al Cristianismo católico, al cual declaró religión oficial de toda España. Puesto que la iglesia romana tendía a ser menos tolerante con los judíos que el arrianismo, no sorprende que pronto comenzara a aparecer legislación antijudía. Al principio tales leyes tenían que ver sobre todo con los matrimonios mixtos y con los cargos públicos, pero en 613 se legisló la conversión forzada de los judíos al Cristianismo. Tal era lo que las leyes decían; pero en realidad continuó existiendo una comunidad judía en España, frecuentemente protegida por monarcas que declaraban que los judíos era su “propiedad” y que por tanto tenían su protección especial– actitud ésta que volvería a aparecer en la actitud de los reyes hacia los indios americanos con quienes se encontrarían casi mil años más tarde. En todo caso, menos de un siglo después del primer edicto ordenando la conversión de los judíos, los cristianos

españoles tuvieron que enfrentar un reto externo que no pudieron resistir: la invasión de los musulmanes procedentes del norte de África.

La invasión musulmana en España comenzó en 711, y en menos de una década los *moros*, como los españoles llamaban a los musulmanes, llegaron a dominar casi toda la Península, centralizando su poder en el sur. El primer gran califato de España estuvo en Córdoba, donde hasta el día de hoy se puede visitar una de las más grandiosas mezquitas en toda Europa, construida en el siglo VIII. (Desafortunadamente bajo el reinado de Carlos V, en la primera mitad del siglo XVI, se construyó una catedral dentro de la mezquita. Al centro mismo de la mezquita, entre sus techos de bóveda y numerosos arcos dobles, se ve hoy una capilla cristiana en chocante yuxtaposición arquitectónica con la estructura mora.⁵) Otro gran centro del poder islámico en Al-Andalús, hoy conocido como Andalucía, fue la ciudad de Granada. Allí los moros tuvieron su último reducto de poder hasta 1492.

La historia religiosa de la España medieval tiene sus claroscuros. Hubo tiempos de intolerancia religiosa tanto por parte de los cristianos como de los musulmanes, pero en general, cuando se la compara con el resto de Europa, la España medieval, tanto cristiana como judía y musulmana, se distingue por su tolerancia religiosa. Empero hacia fines de la Edad Media la tolerancia no era lo que los gobernantes cristianos querían. Lo que en realidad buscaban era una España cristiana. Se pretendió entonces justificar ese deseo reescribiendo la historia de España y aparentando que prácticamente desde el momento mismo de la conquista musulmana la España cristiana se había consagrado a una gran lucha por retomar los territorios perdidos. La verdad es que la llamada “reconquista” incluyó frecuentemente batallas entre cristianos así como contra musulmanes, y los gobernantes y soldados tanto cristianos como musulmanes frecuentemente cambiaban de partido. Aunque no se

⁵ El plan original en el siglo XVI fue destruir la mezquita y construir la catedral de Córdoba, pero la comunidad misma protestó fuertemente. El resultado de esa protesta fue la capilla en medio de la mezquita. Según una leyenda, cuando Carlos V vio lo hecho dijo: “Habéis destruido algo único para construir algo común.”

puede determinar con exactitud cuándo comenzó el mito de la reconquista, no cabe duda de que cuando Fernando e Isabel llegaron al poder ya estaba enraizada profundamente en la mente española la convicción de que los cristianos habían estado enfrascados para la gloria de Dios en una gran guerra de siglos por la conquista de las tierras perdidas. Lo que sí está claro es que frecuentemente los gobernantes cristianos pudieron tomar tierras gracias a conflictos de los moros unos con otros así como con los beréberes del norte de África, normalmente aliados a los moros, pero no siempre merecedores de su confianza. Además, según los cristianos se movían hacia el sur tomando tierras antes dominadas por los moros, comenzaron a organizar sus propios reinos, con lo cual crearon entidades políticas que gobernarían la Península Ibérica, y cuya existencia sería palpable aun después que los musulmanes fueron finalmente derrotados. Así, por ejemplo, Portugal señala 1139 como la fecha de su Independencia, tras la victoria decisiva sobre los moros en la batalla de Ourique. En el resto de la Península, el matrimonio entre Fernando e Isabel unió los dos reinos más poderosos de España.

España no fue el único país europeo involucrado en batallas contra el islam. El fervor de las cruzadas se había posesionado de toda la Europa medieval, y ciertamente había llegado hasta España. Pero los cristianos españoles no tenían que ir hasta Jerusalén a fin de luchar contra los musulmanes; tenían “infieles” que vivían en medio de ellos. El mito según el cual los cristianos españoles se vieron envueltos en una lucha constante por el alma misma de la región tuvo como resultado el desarrollo de un tono profundamente militarista dentro del Catolicismo español. La fuerza militar del estado se involucró en asuntos religiosos en modos que no eran típicos de otros países europeos. La unida eclesiástica, militar y política se volvió parte de la identidad misma de España. Según iban conquistando a los musulmanes, los cristianos españoles se convencían cada vez más de que el mejor modo de llevar a cabo la obra de Dios era mediante la espada junto a la cruz. En 1492, cuando Isabel y Fernando conquistaron el último reducto moro en España, estaban convencidos de que lo habían hecho guiados por el brazo prepotente de Dios.

Esta forma de Cristianismo ya había llevado a los “Reyes Católicos”, pero particularmente a Isabel, a comenzar a reformar la Iglesia

Católica española. Con razón se preocupaba ella al ver lo que ocurría entre el clero: la acumulación de riquezas y poder, la falta de educación entre quienes se suponía se ocupaban de la vida parroquial, y el concubinato. El celo religioso de Isabel la llevó a proponerle al Papa, como posibles preladados, hombres que se ajustaban a lo que la Reina entendía ser la moral y la educación necesarias para tales cargos. Aunque el derecho de la corona de nombrar candidatos era un acuerdo informal con el Papa, en las tierras conquistadas de los moros recientemente ese derecho fue reconocido legalmente, y también lo sería más tarde en lo que se refería a las Américas. Como veremos más adelante en este capítulo, el dominio de la corona española sobre la Iglesia Católica Romana en las Américas era casi absoluto.

Isabel buscaba reformar no solo el episcopado y el clero, sino también las órdenes religiosas. Según ella entendía las cosas, tales órdenes se habían apartado de su propósito original, y sus miembros gozaban de muchos de los placeres terrenales de que disfrutaba el clero secular. Había dentro de las órdenes mismas quienes concordaban con ella y procuraban llevar una vida más austera y sencilla que la de sus hermanos y hermanas que preferían las comodidades a que se habían acostumbrado. Aunque hubo seria oposición, a la postre el esfuerzo por parte de la corona de dominar a la Iglesia Católica tuvo éxito. Resulta claro que las reformas que los Reyes Católicos buscaban consistían en cambios en el estilo de vida y en prácticas religiosas más bien que en reformas doctrinales. No hubo reforma en el contenido ni en la teología junto a la reforma moral, pero para Isabel y Fernando los moros y los judíos seguían siendo un problema. Hasta que España no quedase completamente sometida bajo la bandera del Catolicismo romano, los reyes no descansarían. Fue hacia los judíos que Fernando e Isabel primero tornaron su atención.

Ya desde la década de 1470 los reyes españoles habían mostrado cierta preocupación por la influencia corruptora que los judíos supuestamente tenían sobre los conversos, o “nuevos cristianos”, como se llamaba a los judíos que se habían convertido al Cristianismo. Para asegurarse de la ortodoxia de estos cristianos neófitos, los reyes le pidieron a Roma en 1478 que estableciera el Santo Oficio en Castilla, donde residía la mayoría de los conversos españoles.

Fernando también pudo reavivar la inquisición aragonesa aun cuando ésta no tenía mucho apoyo ni entre el pueblo ni entre los líderes de la iglesia misma, puesto que se la veía como un ataque contra un sector de la sociedad aragonesa de importancia económica. Surgió así una crisis económica cuando muchos conversos amedrentados huyeron, llevando consigo sus recursos económicos y sus habilidades financieras.

La inquisición española penetró en todos los sectores de la sociedad, y tuvo tanta influencia en la unificación del país como la tuvo el matrimonio entre Fernando e Isabel. Como ha señalado el historiador J. H. Elliott, la inquisición española siempre tuvo tonalidades políticas, de modo que no había una clara distinción entre los resultados religiosos y los políticos. Precisamente debido a la interacción entre la iglesia y el estado, toda victoria militar o política se veía como una victoria para el Catolicismo. El propósito doble de la inquisición española, de asegurar tanto la pureza de la práctica religiosa como la unidad política, se lograba haciendo que los inquisidores fuesen nombrados por la corona y bajo su supervisión –lo que era muy diferente del patrón anterior en el cual los obispos servían como inquisidores. Esta inquisición controlada políticamente se establecería después en las Américas.

A los reyes católicos, sin embargo, no les bastaba con tener un sistema que garantizara la pureza religiosa entre los católicos. Querían una sociedad que fuese religiosamente homogénea. Por ello en 1492, menos de tres meses después de la caída de Granada, un decreto real forzó a todos los judíos residentes en España a decidir entre la convertirse al Cristianismo o ser expulsados en un plazo de cuatro meses. No se conoce el número exacto de judíos que abandonaron España, pero se estima que estos judíos sefarditas, como se les conoce, eran entre cien mil y doscientos mil.

Los judíos no eran la única minoría religiosa que sufría persecución en España. En 1499, se les ordenó a los moros que todavía residían en España que se convirtieran al Catolicismo. Como aconteció antes en el siglo VII con los judíos, ahora muchos moros no se convirtieron, pero aun así siguieron viviendo en España. Y hasta se sospechaba que muchos de los convertidos –conocidos como *moriscos*– no eran suficientemente cristianos. En 1609, tras una rebelión islámica en España, se obligó a todos los musulmanes a

abandonar el país. Se estima que entre 1609 y 1614 más del 90 por ciento de los moriscos abandonaron el país.

La preocupación por parte del gobierno acerca de la ortodoxia no se limitaba a quienes venían de otras religiones. A principios del siglo XVI ya existía en Valladolid una cartilla impresa que utilizaba las doctrinas cristianas tradicionales para enseñarles a los niños a leer. Lo que indudablemente se intentaba era no solamente educar a la población más joven, sino también hacer de ella buenos católicos, lo cual se definía en términos de saber los mandamientos, las oraciones y el credo. Aunque la educación formal se limitaba principalmente a los varones de las clases privilegiadas, la existencia de estas cartillas para uso en los hogares indica que se esperaba adoctrinar con ellas tanto a las niñas como a los varones.

En todo esto vemos que también en España existía una “gran tradición religiosa” que hacía que el país se viera a sí mismo como unido en un solo dios y una sola fe y dispuesto a alcanzar su unidad mediante la fuerza militar y la coacción. Esa visión cruzaría el Atlántico con los españoles.

En España también, como en los mundos inca y azteca, había “pequeñas tradiciones” –prácticas y creencias religiosas de carácter local. La versión del Catolicismo español que vino al Nuevo Mundo no era solo la de la jerarquía eclesiástica y de los teólogos oficiales, sino que era también el estilo de Catolicismo que practicaban quienes migraron a las Indias. Estas personas eran en su mayoría plebeyos, a veces analfabetos y sin mayores destrezas. Como sugiere el antropólogo Manuel M. Marzal, la práctica del Catolicismo era diferente en cada lugar, y resultaba de una combinación de creencias locales, normas éticas, estructuras y estilos de adoración. El punto fundamental de todas estas creencias era la centralidad de un dios creador, proveedor y justiciero. Se negociaban arreglos con Dios principalmente mediante la intercesión de los santos, y cada localidad tenía su propio santo especial, su santo patrón, quien era honrado por la comunidad y con quien los individuos canjaban la veneración a cambio de ayuda espiritual y material. Tal como la religión se practicaba –en contraste con lo que se prescribía oficialmente– también se pensaba que la gracia de Dios se encontraba particularmente en ciertos lugares (por ejemplo, santuarios y lugares de peregrinación) y que varias fechas específicas del año debían

celebrarse de diversos modos –entre ellos el llevar las estatuas de los santos en procesión por todo el vecindario.

Al tiempo que los ritos cambiaban de pueblo en pueblo, la diversidad religiosa del Catolicismo español no se limitaba a esas diferencias según la localidad, sino que también había diversidad entre distintos grupos dentro de una misma comunidad. La devoción entre algunas personas las llevaba a hacer votos religiosos y a unirse a monasterios y conventos. Estas formas tradicionales de la vocación cristiana tenían ciertamente un lugar importante en la vida religiosa, pero también había otra expresión: la de las beatas. Se le daba ese título a una mujer pía que usaba el hábito de una orden particular y que hacía votos de seguir las reglas de esa orden, pero sin tomar el paso irrevocable de hacerse monja y colocarse bajo la autoridad de una orden monástica. La beata quedaba entonces bajo el control de la jerarquía religiosa secular aun cuando viviese con otras beatas en un beaterio. Algunas de estas mujeres devotas le creaban problemas a la iglesia oficial, puesto que el control que la iglesia tenía sobre ellas era tenue en el mejor de los casos. Sobre todo, estas mujeres no se encontraban sometidas ni a la disciplina del convento ni a la del matrimonio. No era raro el caso en el que alguna beata atraía a un grupo de admiradores devotos, tanto mujeres como varones, y hasta llegaba a servirles a algunos de ellos como guía espiritual.

Algunas de estas mujeres que alcanzaron cierto poder se vieron amenazadas por la inquisición española. Lo mismo sucedía con otro grupo religioso, los “alumbrados”, a quienes las autoridades eclesiásticas consideraban herejes. Los alumbrados o iluministas creían en la sumisión total a la voluntad divina mediante la purificación del alma, lo cual requería un contacto directo con Dios. Para algunos de ellos, ese sometimiento a la voluntad divina tomaba caminos tortuosos –incluso en algunos casos relaciones sexuales con el líder del grupo. Se pensaba que tales actividades acercaban al creyente a Dios mediante una experiencia física de proximidad con el verdadero discípulo de Dios, el guía o líder del grupo. Para los iluministas, la vida religiosa interna era mucho más importante que las ceremonias y las señales externas. Por ello no creían en la veneración de las imágenes de santos ni tampoco en la eficacia de las buenas obras, ambas creencias arraigadas profundamente en

el Catolicismo romano. Como resultado de ello fueron víctimas frecuentes de la inquisición.

La falta de énfasis en las buenas obras no se limitaba a los iluministas. Los registros inquisitoriales y las constituciones municipales de principios del siglo XVI muestran claramente que la conducta inadecuada en lugares sagrados era un problema presente en toda España. En los santuarios eran comunes las actividades no religiosas, tales como la embriaguez, los cantos seculares y eróticos, las presentaciones de teatro, etc. El historiador William Christian señala que la constitución de la ciudad de Badajoz ordenaba que tanto los varones como las mujeres debían permanecer vestidos cuando dormían en los lugares santos. La iglesia oficial trató de suprimir las peores de esas prácticas. Sin embargo, como sucede frecuentemente cuando se trata de legislar la conducta moral, no tuvo gran éxito en ese empeño. La inquisición no podía ocuparse mucho de ello, particularmente cuando comenzaron a surgir doctrinas consideradas heréticas en los Países Bajos y en Alemania. Desde su punto de vista, el luteranismo era una amenaza mucho más urgente, puesto que a comienzos del siglo XVI España estaba convencida de la necesidad de mantenerse puramente católica, y de hacer lo mismo en todas las tierras a donde su dominio se extendía.

El encuentro

Cuando la reconquista española estaba a punto de completarse, los reyes pudieron prestarle alguna atención, aunque sin mucho entusiasmo, a un insistente navegante genovés que había venido a ellos con una idea interesante: navegar hacia el Occidente para llegar al Oriente. Mientras España estaba ocupada en la unidad nacional y en la supresión de todo lo que no fuese un Cristianismo puro, Portugal había surgido como una gran potencia marítima. En 1418 el príncipe Enrique el Navegante creó su famosa escuela de navegación en Sagres, al extremo meridional del país. Puesto que la ruta tradicional, mayormente terrestre, hacia el Lejano Oriente se veía impedida por el avance de los turcos otomanos, Enrique se dedicó a buscar una ruta marítima. Para la década de 1480 Portugal estaba a punto de lograr esa meta, y en la década siguiente España ya no podía desentenderse de los éxitos del país vecino. Quizá lo

que Colón sugería le daría a España la ventaja sobre Portugal en cuanto a las comunicaciones y el comercio con el Oriente. A Fernando no le interesaba mucho el plan de Colón, pero Isabel sí le escuchó. Bien puede haber sido su fervor religioso y la posibilidad de llevar el Cristianismo al mundo musulmán lo que la llevó a prestarle oídos a Colón. También puede haber sido la posibilidad de llenar las arcas reales con las riquezas producidas por un comercio provechoso con las tierras de Asia, ricas en especias. Quizá fue la posibilidad de una aventura más. En todo caso, la Reina escuchó a Colón, negoció con él, y a la postre decidió permitirle navegar bajo la bandera de Castilla. Fue una decisión de la que Isabel nunca tuvo que arrepentirse. Desde su punto de vista, lo que Colón proponía y lo que de hecho sucedió no era sino la continuación de la tradición establecida durante la reconquista, cuando inversionistas privados financiaban expediciones para conquistar tierras musulmanas, pero siempre con el visto bueno de la corona. Se establecía entonces un contrato entre el monarca y el aventurero, a quien se le garantizaban ciertos derechos y privilegios si la conquista resultaba exitosa, al tiempo que se aseguraba que la corona recibiría la mayor parte de las riquezas resultantes.

Tras dos meses de travesía, Colón llegó a una isla en las Bahamas, y a partir de entonces el mundo no fue el mismo. Según sus propias palabras, Colón encontró allí un bello pueblo con el que quería desarrollar “una actitud de amistad” porque, según él decía, “Era gente que mejor se libraría y convertiría a Nuestra Santa Fe con Amor que no por fuerza”.⁶ Los arawaks, o taínos. “de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras” (descripción que ayudó a crear la imagen del salvaje noble), pueblos sedentarios que vivían en la isla que recibió el nombre de Hispaniola o La Española, le proveerían a Colón suficiente oro para que su empresa resultase exitosa económicamente.

Llevando oro y varios tesoros exóticos, Colón partió de regreso a España, donde fue recibido cálidamente por Isabel, para quien la colección que Colón le presentó era una promesa de ganancias futuras. Pero toda esa exploración y posible ganancia tendría que

⁶ Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, ed. Luis Arranz, *Crónicas de América*, no. 9. (Historia 16, Madrid, 1985), p. 90.

esperar hasta que los Reyes Católicos obtuvieran el permiso del papa Alejandro VI para tomar posesión de las tierras a que Colón había llegado. La autoridad temporal del Papa era una tradición medieval que le permitía otorgar el dominio sobre nuevas tierras a cambio de que quien recibía ese dominio se ocupara de cristianizar a sus habitantes. Puesto que el Papa tenía lazos estrechos con Fernando, no demoró en conceder lo que se le pedía, lo cual hizo mediante la bula *Inter caetera*. Portugal, siempre interesada en las tierras allende los mares, no veía con agrado lo vago de la bula papal, que parecía concederle a España todas las tierras, incluso las no descubiertas todavía, que se encontraran a más de cien leguas al occidente de las islas de Cabo Verde. Cuando Portugal amenazó hacerle la guerra a España si ésta insistía en implementar la bula papal, los dos países renegociaron la línea de demarcación, que mediante el tratado de Tordecillas en 1494 quedó establecida 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde.

A aquella bula papal rápidamente le siguió otra en 1501 en la que se le daba a España el derecho a utilizar los diezmos recogidos en las Américas para cubrir los gastos de sus actividades misioneras. Y en 1508 el papa Julio II le dio a la corona española el “patronato real”, que le concedía el derecho de postular candidatos para todos los puestos eclesiásticos en las Américas, desde los de sacerdotes hasta el de obispo. A partir de entonces la estructura eclesiástica quedó bajo el control de la corona de una manera prácticamente total y sin precedentes. Como veremos en el capítulo 2, a la postre tales concesiones de privilegio y poder resultarían en largos y agrios debates en toda Europa acerca de la guerra justa y las razones que podrían resultar en el derecho de conquista.

El segundo viaje de Colón vio la llegada de los primeros misioneros cristianos a tierra americana. Los más distinguidos entre ellos eran tres franciscanos, un jerónimo y el exbenedictino Fernando Boyl, quien servía como vicario apostólico en las nuevas tierras. Boyl pronto se rebeló contra Colón y regresó a España, pero otros permanecieron. Estos, y los que llegaron poco después, hicieron poco durante los primeros años de la conquista del Caribe. El resultado de su escasa actividad, sobre todo en lo que se refería a la conducta de los conquistadores, bien puede haber sido lo que llevó a buena parte de la población nativa a actitudes como la que se expresa

dramáticamente en la historia de Hatuey. Según cuenta Bartolomé de Las Casas, el gran protector de los indios a quien discutiremos más adelante en el capítulo 2, Hatuey era un líder indio procedente de la isla de La Española, quien huyó de los españoles a la vecina Cuba. Allí se enteró de que los españoles estaban a punto de llegar. Reuniendo a quienes habían venido con él, Hatuey les recordó lo que habían escuchado de los españoles, cómo mataban, robaban y mentían. Les preguntó entonces: «¿Sabéis quizá por qué lo hacen?» Dijeron «no: sino porque son de su natura crueles y malos». Dice él: «no lo hacen por solo eso.» ... Tenía en su casa una cestilla llena de oro en joyas, y dijo: «veis aquí el Dios de los cristianos». ”⁷

Como era de esperarse, Hatuey fue capturado por los españoles y condenado a morir en la hoguera. Cuando aguardaba el momento de su ejecución, un sacerdote franciscano le preguntó al líder indio si quería ir al cielo, puesto que, según el sacerdote le explicó, en los pocos momentos que todavía le quedaban sobre la tierra Hatuey podía bautizarse y así evitar los tormentos del infierno. Puesto que ésta era la primera vez que oía hablar de tal cosa, Hatuey preguntó, “si iban cristianos al cielo: el religioso respondió que sí; pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el Cacique... que no quería él ir allá sino al infierno”. Según Las Casas, “esta es la fama y honra que Dios y nuestra fe ha ganado con los cristianos que han ido á las Indias.”⁸

Muchas de las personas a quienes Bartolomé de Las Casas condenaba al contar la historia de Hatuey se habían establecido en la isla y habían recibido de la corona española una encomienda. La encomienda era una vieja institución española con la que se recompensaba a los soldados otorgándoles el trabajo de los enemigos vencidos. En las Américas, el encomendero tenía la obligación de tratar bien a las personas a su cargo, de protegerlas y de cristianizarlas. A cambio de ello, los indios debían trabajar para el encomendero en cualquier manera que éste indicase. En el Caribe, los indios se les repartieron a los colonizadores que mostraban que necesitaban

⁷ Fr. Bartolomé de Las Casas, *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales presentada a Felipe II siendo príncipe de Asturias*, notas del licenciado Ignacio Romero Vargas Itebíta (Libros Luciérnaga, México, 1957), pp. 67-68.

⁸ Las Casas, *Breve relación*, 68.

obreros para las labores de minería, agricultura o cualquier otra cosa que emprendieran. En teoría los indios eran libres y podían ejercer su libertad dentro de ciertos límites, pero en realidad la encomienda era otra forma de esclavitud. Muy rara vez, si alguna, los encomenderos cumplían con su parte de lo convenido. Al contrario, muchas veces explotaban despiadadamente a “sus indios”, sin siquiera temer que murieran, pues estaban convencidos de que siempre podrían obtener otros obreros con los cuales sustituir a los muertos. Pero en esto se equivocaban. Como resultado de tales trabajos forzados, de la consecuente destrucción de las estructuras comunitarias y de familia, de la mala alimentación y del cambio de vida radical que se les exigía, fueron millares los que murieron. Los eruditos debaten cuánta era la población en La Española al comenzar la conquista, dando cifras que varían entre 200.000 y 1,2 millones o hasta más. Aunque el número exacto de quienes vivían en la isla antes de la llegada de los españoles no está claro, lo que sí lo está es que para el 1509 solamente quedaban en la isla unos 62.000 indios. Esto representa una merma del 69 por ciento en el mejor de los casos, y del 95 por ciento en el peor. Para 1540 solamente quedaban unos pocos centenares de indios. No cabe duda de que quizá aún más que la mortandad producida por las nuevas enfermedades, la introducción de la encomienda señaló el principio de la destrucción de las poblaciones originarias del Caribe.

Sin embargo, no todos los cristianos que vinieron al Caribe eran de la misma índole que aquellos a quienes Hatuey conoció. Por ejemplo, había personas como Antonio de Montesinos, un sacerdote dominico en La Española quien, en el domingo antes de Navidad del año 1511, predicó un sermón en el que habían colaborado sus compañeros dominicos. Sus palabras enardecieron el resto del clero así como a los colonizadores españoles a tal punto que elevaron una protesta directa a la corona. Pero fue ese mismo sermón el que llevó a Bartolomé de Las Casas a actuar en bien de los indios. En su *Historia de las Indias*, de Las Casas le cita:

Llegado el domingo y a la hora de predicar, subió en el púlpito el susodicho padre fray Antón Montesino, y tomó por tema y fundamento de su sermón, que ya llevaba escrito y firmado de los demás, “Ego vox clamantis in deserto”. Hecha su introducción y dicho algo de lo que tocaba a la materia

del tiempo del Adviento, comenzó a encarecer la esterilidad del desierto de las conciencias de los españoles desta isla, y la ceguedad en que vivían; con cuánto peligro andaban de su condenación, no advirtiendo los pecados gravísimos en que con tanta insensibilidad estaban continuamente zambullidos y en ellos morían. Luego, torna sobre su tema, diciendo así: “Para os los dar a cognoscer me he sobido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto desta isla, y por tanto, conviene que, con atención no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos, la oigáis; la cual voz os será la más nueva que nunca oisteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír.” Esta voz encareció por buen rato con palabras muy pugnativas y terribles, que les hacia estremecer las carnes y que les parecía que ya estaban en el divino juicio. La voz, pues, en gran manera, en universal encarecida, declaróles cuál era o qué contenía en sí aquella voz. “Esta voz, dijo él, es que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacificas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los teneis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que, de los excesivos trabajos que les dais, incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado teneis de quien los doctrine y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendeis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico, dormidos? Tened por cierto, que en el estado que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos, que carecen y no quieren la fe de Jesucristo.”⁹

⁹ Bartolomé de Las Casas *Historia de las Indias, ahora por primera vez dada a la luz por el Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sánchez Rayón* (M. Ginesta, Madrid, 1875-76), v. 5. lib. 3, cap. 4.

Las acusaciones de Montesinos y de otros dominicos, junto a la preocupación por parte de la corona sobre el modo en que los encomenderos trataban a los indios, tuvieron por resultado las Leyes de Burgos de 1512. Estas leyes buscaban combinar el sistema laboral que ya existía con la evangelización, y dictaminar un tratamiento menos dañino para los indios. Después de todo, se pensaba que los pueblos aborígenes de las Américas eran vasallos de la corona española, la cual tenía la obligación de asegurarse de que todos sus súbditos fueran tratados justamente. Para las autoridades españolas, tal justicia quería decir extraer a los indios de sus aldeas y llevarles a vivir en congregaciones. Estas eran comunidades creadas recientemente con el propósito de facilitar la organización social, y donde los indios vivían bajo la supervisión del clero. Las leyes también limitaban el número de meses al año en que se le podía exigir a alguna persona que trabajara antes de darle un descanso de cuarenta días. También ordenaban que antes y después del parto se les asignaran a las mujeres labores menos arduas que las de las minas. Aquellas Leyes de Burgos también le recordaban al encomendero que tenía la obligación de instruir a los indios en la fe cristiana, de darles un salario modesto y de asegurarse de que los varones bajo su cargo no tuvieran más de una mujer. No es necesario decir que tales esfuerzos por parte de la corona de garantizarles a los indios un mínimo de derechos y de evitar los peores abusos de los encomenderos no tuvieron gran resultado. Los colonizadores sencillamente aplicaron el viejo precepto de “obedezco pero no cumplo”, que sencillamente quería decir que se desentendían de todo lo que la ley dijera que no fuera de su conveniencia, y por tanto continuaron usando el trabajo indígena como mejor les parecía. Ante tal actitud en respuesta a las nuevas leyes, los críticos del sistema continuaron protestando.

Figura principal entre los defensores de los indios fue Bartolomé de Las Casas. En 1514 Las Casas fue “transformado, ... dejando de ser un agitador automarginado para volverse algo mucho mayor y, para los colonizadores españoles, más amenazador: «el Defensor de los Indios».”¹⁰ A esa tarea se dedicó hasta su muerte en 1576 cuando tenía 82 años de edad.

¹⁰ Anthony Pagden, introducción a *A Short Account of the Destruction of the Indies*, por Bartolomé de Las Casas, ed. y trad. Nigel Griffin (Penguin Group, London, 1992), pp. xix-xx.

Las Casas había venido a las Indias como colono en los primeros años del siglo XVI (1502). Se le dio una encomienda en La Española y fue ordenado al sacerdocio diocesano en 1507. Más tarde, en 1511, recibió otra encomienda en Cuba como premio por su participación en la conquista de esa isla. Después se dijo que siempre había sido un encomendero benigno que no siguió las prácticas de otros colonizadores, aunque sin todavía protestar contra el tratamiento que recibían los indios. Pero para 1515 Las Casas había renunciado a su vida pasada y estaba apelando directamente al rey Fernando contra lo que hacían los colonizadores, describiendo las atrocidades que había visto en la conquista de Cuba, y declarando que eran tales que “ahorcábanse maridos y mujeres, y consigo ahorcaban los hijos; y por las crueldades de un español ... se ahorcaron mas de doscientos indios. Pereció de esta manera infinita gente”.¹¹ En 1522 se rindió por fin a las invitaciones de un dominico y se unió a esa orden, con lo cual llevó su defensa de los indios a otro plano, como veremos en el capítulo 2.

Las críticas y protestas de algunos de los frailes hicieron poco para evitar los abusos contra los pueblos nativos, pero a pesar de ello esos frailes no abandonaron su campaña por mejorar las vidas de los pueblos originarios de las Indias. Sus esfuerzos iniciales se enfocaron en el Caribe, pero al comenzar la conquista del continente mismo dirigieron sus esfuerzos también a esas nuevas tierras. En medio de las terribles experiencias del Caribe vemos por primera vez los dos rostros de la iglesia en América Latina: uno de ellos, la iglesia como brazo del estado que respondía principalmente a las necesidades de los colonizadores, y por otra parte el rostro de la iglesia que buscaba servir de conciencia en medio de la conquista y colonización.

Cuando los conquistadores llegaron al continente mismo, desembarcando en la costa mexicana en 1519 bajo la dirección de Hernán Cortés, sus metas y propósitos en la empresa habían comenzado a cambiar. Los primeros colonizadores del Caribe venían con la idea de enriquecerse rápidamente y regresar a España, y por ello no les importaba el bárbaro tratamiento de que hacían objeto a los

¹¹ Las Casas, *Breve relación*, p. 69.

indios al obligarlos a trabajos forzados. En Nueva España, como se le llamaba entonces a México, la meta no era sólo enriquecerse rápidamente, sino también crear en las Indias un estilo y nivel de vida a que los colonizadores mismos, por lo general de bajos orígenes sociales, jamás hubieran podido aspirar en España. Esto requería tener amplias tierras señoriales y un número de siervos. Luego, aunque siguieron tratando a los indios con terrible crueldad, quienes se establecieron en el continente no llegaron a cometer los peores abusos que Las Casas vio en las islas. Pero antes de eso los españoles tuvieron que conquistar a los indios que había en México –tarea que resultó sorprendentemente fácil para los quinientos hombres y dieciséis caballos que desembarcaron de once navíos en Veracruz el 12 de abril del 1519.

A los esfuerzos de los conquistadores se unieron las vacilaciones del gobernante azteca Moctezuma II. Según lo que cuentan los aztecas mismos de su propia derrota –que se ve principalmente en el *Códice florentino*, escrito varios años después de los acontecimientos– hubo señales, algunas de ellas diez años antes de que llegaran los españoles, que indicaban claramente que habría una catástrofe. El concepto que los aztecas tenían del orden del universo y del lugar de la destrucción dentro de ese orden les predisponía a ver la llegada de los españoles como parte de la catástrofe esperada por largo tiempo. Los documentos revelan que tras el contacto inicial en la costa de México, Moctezuma llegó a creer que los españoles bien podían ser Quetzalcoatl y otras divinidades que habían decidido regresar a la tierra. Después de todo, ¿no tenían esos seres extraños palos que lanzaban fuego y mataban a distancia? ¿No tenían grandes “venados” sobre los que cabalgaban? Ciertamente eran seres divinos, o por lo menos grandes magos. Puesto que los magos del propio Moctezuma no pudieron detener la marcha de los conquistadores hacia Tenochtitlán, y puesto que los sacrificios humanos que tuvieron lugar en presencia de los recién llegados tampoco sirvieron para calmar los ánimos de los españoles, Moctezuma sencillamente se resignó a la derrota. El *Códice florentino* cuenta que Moctezuma ordenó los sacrificios porque pensaba que los españoles eran dioses venidos del cielo, y dignos de adoración. La imposibilidad de determinar quiénes eran esos hombres blancos llevó a Moctezuma a la pasividad. Si eran dioses debía cuidar de

no ofenderlos; si eran humanos, tenía la obligación de defender a su pueblo frente a ellos. Demasiado inseguro o amedrentado para tomar decisión alguna, dejó a su pueblo acéfalo.

Los españoles mismos no sentían indecisión alguna en su marcha hacia la capital azteca. Desde su punto de vista, los acontecimientos que llevarían inexorablemente a su victoria eran parte integrante del lugar de los españoles en el gran plan divino, que incluía la conversión de los naturales del lugar, utilizando la fuerza de ser necesario. Bernal Díaz del Castillo, el cronista de la conquista de México, dice que los españoles trataron de convertir a los aztecas usando también el ejemplo. Tras su llegada a Tenochtitlán, donde fueron recibidos como huéspedes por el vacilante Moctezuma, los conquistadores construyeron una iglesia dentro de las paredes de un palacio cuyo uso les había sido concedido:

En dos días teníamos nuestra iglesia hecha y la santa cruz puesta delante de los aposentos; e allí se dezía misa cada día hasta que se acabó el vino ... Y desde se acabó cada día estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar e imágenes: lo uno, por lo que héramos obligados a cristianos e buena costumbre, y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesan y se inclinasen a ello, y porque viese el adorar y vernos de rodillas delante la cruz, espeçial quando tañíamos el Avemaría.¹²

Pero tales ejemplos no podían tener entre los aztecas el resultado esperado, puesto que para ellos los españoles estaban sencillamente cometiendo abominaciones ante los dioses y repudiando los ritos más sagrados.

A la postre, la derrota de los aztecas y la conquista de su imperio les tomó a los españoles poco más de dos años, durante los cuales contaron con la ayuda de los enemigos tradicionales de los aztecas, de la superioridad de sus armamentos y de la devastación que produjeron entre los indios nuevas enfermedades contra las cuales no

¹² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez (El Colegio de México: Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005), p. 243.

tenían resistencia. Los aztecas buscaban desesperadamente entender dentro del contexto de su cosmología el desastre que había acaecido. La única explicación que tenían era que sus dioses habían sido derrotados por el dios cristiano, que era por tanto más poderoso. A partir de entonces, los anteriormente grandes guerreros del centro de México dejaron de ser una amenaza para los conquistadores. El caso fue muy diferente en la península de Yucatán y después en los Andes, donde la resistencia fue mayor.

La conquista de los mayas de Yucatán fue mucho más difícil que la de los aztecas. Esto se debió inicialmente a que los mayas habían recibido noticias del modo en que los españoles trataban a los indios en el Caribe y por tanto estaban preparados para luchar contra ellos. Pero a la larga la principal razón por la cual pudieron resistir fue que su civilización no estaba tan centralizada como la de los aztecas. Cuando los españoles llegaron a la península de Yucatán, la principal organización política en la región era toda una serie de principados locales. La práctica española de cortar la cabeza para así dominar el cuerpo (o usando una metáfora más benigna, la de un juego de ajedrez en el que basta capturar al rey a diferencia de un juego de damas donde hay que capturar las piezas una por una) no funcionaba en Yucatán, precisamente porque no había un gobierno central ni un solo gran gobernante. Tampoco sería fácil la conquista religiosa, como los españoles pronto descubrieron.

La conquista militar de los mayas, que comenzó en 1527, tomó más de una década, y aun después de ello los mayas continuaron una estrategia de guerrilla que mantuvo en jaque a los españoles hasta 1545. Y la conquista final de todo el territorio maya no se completaría sino hasta 1697. A pesar de todo ello, al mismo tiempo que los soldados guerreaban contra los indios, en 1544 los misioneros franciscanos comenzaron su propia lucha tanto con los mayas como con los colonizadores. Siguiendo un patrón que se repetiría por todas las Indias, las órdenes mendicantes en Yucatán, particularmente los franciscanos, trataron de limitar el contacto entre los colonizadores y los indios a fin de evitar la explotación y corrupción de estos últimos. Además, como varios historiadores han señalado, los frailes no querían que los indios aprendieran la lengua de los españoles por temor a que su propio papel como mediadores entre los españoles y los indios se volviera innecesario. En lo que resultó

ser un extraño intercambio de papeles, en 1562 se descubrió casi por azar un número de ídolos indios escondidos en una cueva. Esto llevó a los oficiales de la iglesia en Yucatán a comenzar una campaña de exterminación en la que el uso de la tortura fue tan terrible y común que hasta los mismos colonizadores españoles se quejaban ante las autoridades en España. Durante un período de tres meses, bajo la dirección del franciscano Diego de Landa, más de 4.500 indios fueron sometidos a la garrucha. Esta era una forma de tortura en la que las víctimas colgaban de sus propias muñecas, atadas a sus espaldas. Si el individuo se negaba a confesar lo que los frailes esperaban, se le ataban piedras a los pies de modo que el sufrimiento aumentaba. Si con ello no bastaba, se procedía a los látigos y los hierros candentes. Si todavía eso no era suficiente, se elevaba el castigo a años de trabajo forzado, además de multas y más azotes. La garrucha fue usada indiscriminadamente, lo cual resultó en la muerte de por lo menos 150 personas e impedimentos permanentes en millares más. Muy posiblemente haya sido por esto que los colonizadores protestaron, pues su mano de obra estaba quedando incapacitada.

Para los mayas, todo este sufrimiento y violencia que padecían a manos de los frailes era señal de que sus dioses habían sido derrotados. El nuevo dios había ganado. Así, en el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* (este último un pueblo yucateco), que es un recuento maya de la conquista española unido a información sobre la religión de los indios, el autor escribe: “Los descendientes de los antiguos gobernantes han caído en la miseria; hemos sido cristianizados, y se nos trata como animales”. Pero, como la historiadora Inga Clendinnen señala, aun ese Cristianismo impuesto con mano tan fuerte no logró destruir a los viejos dioses ni tampoco darles a los españoles el derecho de ser los únicos intérpretes y organizadores del Catolicismo. Como veremos en el capítulo 2, hubo comunidades a través de todas las Indias que crearon y proclamaron para sí su propia forma de Cristianismo, que era una mezcla única de tradiciones indígenas y españolas –y éstas tomadas tanto de las pequeñas como de las grandes tradiciones de cada uno de los dos pueblos. A pesar de los enormes esfuerzos de los españoles por crear una homogeneidad religiosa o por lo menos de alcanzar la hegemonía religiosa, lo que estaba sucediendo en el Nuevo Mundo era el naci-

miento de una nueva realidad religiosa, de igual modo que estaban naciendo nuevas realidades raciales y culturales.

En cierto modo la conquista espiritual y física de los Andes y del imperio inca muestra elementos semejantes a la conquista de los aztecas y los mayas. Como en el caso de los aztecas, los españoles siguieron la práctica de apoderarse del gobernante supremo a fin de lograr así el dominio sobre el resto de la población. Y también allí la conquista se facilitó gracias a las enfermedades que mataron a miles de indios y debilitaron a otros miles. Como en el caso de México, fue una pequeña banda de españoles quienes con la ayuda de los enemigos de los incas a la postre conquistaron el imperio. Como en el caso de los mayas, la cultura religiosa de los Andes no se rindió fácilmente ante el Cristianismo, lo cual llevó a largas y cruentas campañas de extirpación por parte de la iglesia.

La conquista del imperio inca tuvo lugar bajo la dirección de Francisco Pizarro, hijo ilegítimo de un noble español de poca monta. Ya había probado sus dones para la conquista largo tiempo antes de mirar hacia América del Sur, pues en Panamá había recibido una encomienda en premio por sus esfuerzos colonizadores. Tras algunas expediciones fallidas y tras asegurarse del permiso real para su campaña, Pizarro comenzó su subida a los Andes a partir del Pacífico en septiembre de 1532 con un contingente de 168 hombres, 65 de ellos a caballo. En noviembre de ese año Pizarro y sus compañeros estaban en Cajamarca, una de muchas ciudades andinas. Pero en aquel atardecer primaveral Cajamarca no era un pueblo cualquiera, pues Atahualpa, el Sapa Inca, estaba allí. Atahualpa se encontraba enfrascado en una lucha intestina que había surgido cuando el anterior Sapa Inca murió de viruelas en la década de 1520. (La viruela había viajado hacia el sur siguiendo las rutas de comercio, y llegó al imperio inca antes que los españoles.) Cuando los españoles llegaron, Atahualpa estaba ganando la guerra civil. Pizarro sabía que el Sapa Inca estaba en la ciudad, de modo que hizo arreglos para encontrarse con Atahualpa. Los seguidores de Pizarro se escondieron cerca de la plaza central, donde se había acordado encontrarse. El Sapa Inca, sin sospechar traición por parte de los españoles y mucho más preocupado por la guerra interna dentro de sus posesiones que por estos extranjeros, vino a la plaza con una escolta ligeramente armada. Cuando se dio la señal, los españoles

ocultos abrieron fuego contra la muchedumbre que se encontraba en la plaza. Surgió entonces el pánico, y miles de personas fueron aplastadas por la muchedumbre aterrorizada, al tiempo que los españoles salían de sus escondites creando horrible matanza hasta que capturaron al Sapa Inca. Lo sorprendente es que aun después de tales acontecimientos Atahualpa no podía comprender la importancia de lo sucedido. Todavía parecía preocuparle más la guerra con su hermano que también pretendía el trono que su propia suerte a mano de los españoles. Así, ordenó la muerte de su hermano mientras él mismo era prisionero de los españoles. A la postre, aun después de poner como rescate toda una cámara llena de oro, Atahualpa fue agarrotado. Ahora que su supremo gobernante había desaparecido, la gran ventaja numérica de los indios sobre los españoles perdió toda importancia. Quedaron paralizados. Pizarro y su puñado de hombres, junto a sus aliados de otros pueblos nativos, conquistaron fácilmente todo el imperio inca.

En todo esto también los españoles veían la marcha inexorable hacia la victoria final como señal clara de que sus conquistas eran parte de los grandes propósitos de Dios para el Cristianismo en las Américas. A pesar de las atrocidades cometidas por los españoles en sus batallas con los pueblos aborígenes, los conquistadores siempre creyeron ser buenos cristianos. En una guerra civil entre conquistadores que siguió a la derrota de los indios, Francisco Pizarro fue asesinado. Cuando estaba a punto de fallecer, este hombre que había cometido increíbles crímenes contra los indios hizo sobre el suelo la señal de la cruz con su propia sangre para así asegurarse de que la cruz sería lo último que vería en este mundo. El militarismo del Cristianismo español que había ido surgiendo a través de los siglos de lucha para reconquistar la Península y que se había plasmado en el mito de la Reconquista vino también a las Américas con los españoles.

Los africanos

Además de los pueblos indígenas de América y de los europeos hubo otra población cuya presencia se hizo sentir fuertemente en América Latina. Se trata, naturalmente, de los africanos. Aunque no hubo una fuerte presencia numérica de africanos en las Américas

sino algún tiempo después de la conquista, debemos incluirlos en este capítulo, primero, porque algunos sí vinieron con los conquistadores y, segundo, porque su contribución al carácter presente del Cristianismo latinoamericano es enorme, particularmente en el Caribe y en Brasil.

Pocos de los africanos que vinieron al Nuevo Mundo lo hicieron por su propia voluntad o como personas libres. Casi todos ellos vinieron como esclavos, arrancados de sus tierras y desprovistos de todo lo que antes había servido de fundamento para su vida. Sin embargo, el que vinieran como esclavos no quiere decir que no trajeran consigo buena parte de sus tradiciones y cultura, así como de su religión. Tampoco el hayan venido como esclavos quiere decir que estos hombres, mujeres y niños no tuvieran influencia sobre la cultura más allá de los límites de su propia etnicidad. Esa influencia se hizo sentir sobre todo en el Brasil y el Caribe, donde la esclavitud africana fue mayor, aunque sería errado pensar que no hubo esclavos negros en otras regiones de América Latina. En todo caso, el impacto africano sobre la cultura general de América Latina posiblemente se vea más hoy que durante los tiempos coloniales, puesto que en varios lugares esa influencia africana se reconoce como parte integrante de la identidad nacional.

¿Cuáles son las raíces de la influencia africana sobre el Cristianismo latinoamericano? La mayoría de los esclavos vino a la América Latina procedente del occidente de África, principalmente debido a la proximidad de esa región a las Américas, pero también porque en aquella zona Portugal había establecido sus factorías o puestos armados durante el apogeo de sus exploraciones marítimas. El propósito de aquellas factorías era facilitar el comercio con los pueblos que habitaban en las costas africanas, y puesto que ese comercio incluía el tráfico de esclavos, Portugal fue la primera potencia en transportar gran número de esclavos a través del Atlántico, trayendo así a las Américas muchas y muy diversas culturas procedentes de África occidental.

Posiblemente la más influyente entre las religiones que así se importaron de África sea la de los yorubas, que al mezclarse con el Catolicismo dio origen a la santería, como veremos en el capítulo 6. Según la cosmología yoruba, no hay otro mundo que el presente, pero éste incluye tanto una parte visible, donde habitan los huma-

nos, como otra invisible habitada por los *orishas* y los antepasados. Los *orishas* son espíritus que les abren el camino a los humanos para llegar a lo que se puede conocer de la gran fuerza creadora del universo. Lo hacen posesionándose de una persona quien cae en trance, como parte de una serie de ritos que incluyen la danza, música y comida. Los *orishas* podían estar en los árboles o en las piedras, y manifestarse en el relámpago o en el océano. Podían estar en todas partes. Un aspecto del propósito de la interacción de los humanos con estos espíritus era entender la existencia del mal y del sufrimiento. Para ayudar a sus seguidores a comprender lo que les comunican los espíritus y también para servir a la comunidad, la mayoría de las religiones africanas tradicionales tenía (y todavía tiene) líderes religiosos, es decir, sacerdotes y sacerdotisas. Pero la posición evidente de tales líderes religiosos no se limitaba a los tiempos de adoración, sino que eran personajes claves en la estructura misma de la comunidad y en todas sus actividades, tales como la siembra, la cosecha, la caza, la salud y la cría de los hijos. Fue precisamente esta presencia de la religión en la vida y acciones cotidianas de los esclavos lo que más parecía amenazar a sus amos en el Nuevo Mundo. Los esclavos practicaban sus religiones tradicionales como modo de mantener su identidad cultural, de definir las estructuras de poder dentro de la población esclavizada, y de proveer una fuente de resistencia fuera del alcance del amo. Como veremos en otros capítulos, de igual modo que la población original de América, los esclavos negros –tanto los que fueron traídos directamente de África como los que nacieron ya esclavos en las Américas– y los negros libertos fueron encontrando modos de ocultar sus prácticas religiosas tradicionales envolviéndolas bajo el manto del Catolicismo romano. Pero antes de todo eso tuvieron lugar el encuentro, las conquistas y las guerras en América a manos de un número relativamente pequeño de españoles.

Conclusión

Los conquistadores que trajeron tal destrucción se entendían a sí mismos no sólo como militares, sino también como soldados de la cruz. Según ellos, traían la verdadera religión a aquellos a quienes conquistaban y cuyos templos profanaban, y así salvaban a aquellos

paganos de una suerte peor que la muerte. No cabe duda de que la vida de los conquistados cambió para siempre; pero no fueron ellos los únicos que cambiaron. También la Iglesia Católica Romana sufrió cambios. Los misioneros europeos que vinieron con los conquistadores traían consigo sus propias ideas de lo que era ser humano, quién podía ser cristiano y cómo el mundo debía ordenarse. Lo que encontraron en las Américas no se ajustaba a esas ideas. Vieron horrores hasta entonces inimaginables al ser testigos de sacrificios en los que miles de humanos eran muertos, al encontrar la práctica de la poligamia entre los varones de la élite social y al descubrir que los restos momificados de los ancestros recibían culto como vínculos con otro mundo. Lo que más debe haberles sorprendido fue el que tales horrores existieran en sociedades tan altamente organizadas y estratificadas como cualquier sociedad europea. Algunas de las poblaciones nativas vivían en ciudades hermosas que bien podían compararse con cualquier ciudad de Europa. En algunos casos había amplias redes comerciales que hacían llegar a enormes mercados urbanos una gran variedad de productos provenientes de largas distancias. Los misioneros no podían comprender cómo era posible que estos rasgos tan perecidos a los de la vida en Europa coexistieran con lo que para los europeos eran costumbres bárbaras y posiblemente hasta infrahumanas. Los teólogos en España buscaban respuesta a todo esto debatiendo y discutiendo la naturaleza misma de los pueblos del Nuevo Mundo –tema sobre el que volveremos en el capítulo 2. Pero quizá lo que más desafiaba a la Iglesia Católica era el modo en que todo esto ponía en duda la autoridad religiosa. Después de todo, por largo tiempo la iglesia había enseñado que el mundo fue organizado por Dios de tal manera que se conforma a la doctrina de la Trinidad, pues había tres continentes, y esto era un vestigio de la Trinidad creadora del mundo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ahora resultaba que existía al menos un continente más. Se hacía necesario repensar todo lo que se pensaba acerca del mundo físico en relación al espiritual. ¿Cómo se relaciona la verdad revelada (la estructura tripartita tanto del mundo como de la Trinidad) con la verdad que se observa (la existencia de más de tres continentes)? ¿Cómo podían haberse equivocado los padres de la iglesia en cuanto al modo en que el mundo estaba formado? Y, si se equivocaron en ese punto, ¿no podían también equivocarse en otros? No es posible

sobreestimar el impacto que aquel encuentro entre las Américas y Europa produjo a la larga en el pensamiento religioso europeo. Fue aun más profundo de lo que sería para nosotros hoy descubrir que hay en otro planeta personas semejantes a nosotros. Pero los barcos que llegaban a Europa procedentes del Nuevo Mundo no traían sólo desafíos y dificultades para las enseñanzas de la iglesia, sino también consecuencias políticas que resultaron de la conquista española de las Indias. Aquellos barcos regresaban cargados de algún oro y enorme cantidad de plata, con lo cual se llenaron las arcas en España y se enriquecieron muchos mercaderes tanto allí como en otros países. Con esa gran inyección de riquezas Carlos I pudo cubrir la deuda que había contraído en 1519 para comprar a los electores imperiales cuyos votos le hicieron Carlos V, Emperador del Sacro Imperio Romano. Fue ese Carlos V quien primero no le dio mucha importancia, y luego tuvo que enfrentarse a los retos que planteaba, un modesto sacerdote alemán llamado Martín Lutero. Fue ese mismo Carlos V quien a la postre tuvo que ceder parte de su poder colocándolo en manos de los príncipes en medio de las luchas religiosas entre luteranos y católicos. Fue él también quien se vio obligado a guerras casi continuas en diversas regiones de Europa a fin de retener el imperio, con lo cual gastó buena parte de la riqueza que venía de las Indias –patrón este que también siguió su hijo Felipe II.

Los primeros pasos de Colón en tierras del hemisferio occidental le dieron inicio a una jornada que todavía no concluye. Las cosas exóticas que allí encontró resultaron en alto costo para todas las personas involucradas. El capítulo 2 examinará algunos de los primeros de esos costos: el papel cambiante de la Iglesia Católica Romana en la conquista misma, los esfuerzos por parte de los habitantes originales de la región por retener su identidad religiosa tradicional aun frente a la imposición del Catolicismo, y los debates académicos que bullían en una Europa que buscaba interpretar correctamente lo que Colón había encontrado.